

éstos eran José Montenegro y José Venegas. Éste comenzó á bajar inmediatamente por una escalera, debiendo advertirse que eran tres pisos los del andamio que debía bajar; mas sin tener tiempo para nada, se desplomó, y todo lo construido vino abajo. Venegas pudo abrazarse de una viga más elevada; y Montenegro, que estaba más arriba, cayó debajo de todos los materiales de construcción con todo lo trabajado; refiriendo éste que en ese momento la palizada formó una especie de casuchita, se abrió de suyo la puerta de la iglesia, que á todos constaba que se encontraba cerrada, y conociéndose libre é ileso, penetró en ella y corrió á prosternarse á los pies de la Santísima Virgen. Los habitantes de la plaza que presenciaron aquel tremendo espectáculo, volaron á favorecer ó sacar los muertos de debajo de los escombros; pero pasando por encima de dichos escombros, encuentran la puerta abierta, entran á la iglesia, y ¡qué asombro! lo ven hincado de rodillas, juntas las manos, dando gracias á su libertadora».

Quedó concluida la reparación del santuario casi dos años después del terremoto, merced á las limosnas que recogió la Virgen en sus peregrinaciones, á las provincias del norte, á las erogaciones voluntarias de los fieles y al contingente del trabajo personal de los obreros. Todos, hasta los niños, querían contribuir con su óbolo á reconstruir la casa de su augusta Patrona. Hubo quien se desprendió de doscientos pesos, que eran todo su capital, adquirido en varios años de economías y á costa del sudor de su frente. Hoy el santuario tiene una hermosa fachada de ladrillo, un templete y nicho hermosos para la Virgen, dos órganos construidos en el país. Lástima que los cuadros de los milagros se hayan deteriorado en gran manera por haberlos tenido guardados en lugares húmedos, y que al colocarlos no se hubiese seguido el orden cronológico que tenían antes. Algunos

por desgracia desaparecieron, que eran documentos auténticos para escribir la historia del templo y del culto de la Santísima Virgen del Quinche.

V

PORTENTOS GENERALES

Desde que María quedó instalada en su santuario del Quinche, ha sido el remedio de los ecuatorianos en las calamidades públicas. Principalmente se ha experimentado su patrocinio en guerras, epidemias y terremotos.

En cuanto á lo primero baste citar lo que ocurrió el año 1863. Á consecuencia de haber invadido el ejército colombiano el territorio del Ecuador, hubo de declararse la guerra. La suerte fué favorable á los colombianos, pues los batallones de su presidente, don Tomás Cipriano Mosquera, derrotaron á los del Ecuador, capitaneados por el anciano general don Juan José Flores, lugarteniente del insigne García Moreno, primero en Tulcán y después en Cuaspud. Pero cuando se temía que el caudillo vencedor, que tantas lágrimas había hecho derramar á la iglesia de Colombia y había perseguido á su cercano pariente el Arzobispo mártir de Bogotá, cometiera los mismos desmanes en Quito y se incautara de las alhajas de las iglesias, se retiró en buena hora y sólo exigió ligera contribución por gastos de guerra. Todos atribuyeron este resultado á la protección de la Virgen del Quinche ardientemente invocada por los quiteños.

Siendo presidente del Ecuador el general José María Urbina, el pueblo del Quinche manifestó su aversión á la política liberal y antirreligiosa del gobierno. Urbina, cegado por el odio y el orgullo, envió un jefe de su cama-

rilla para que tomase venganza de lo que calificaba odiosa afrenta.

Al frente de un escuadrón iba Carmen López, dispuesto á llevar atados á los hombres y á incendiar el pueblo. Pero la Virgen del Quinche supo desbaratar sus planes. Cuando bajaban la cuesta de Huailabamba, se desató furiosa tempestad eléctrica; los truenos ensordecían el aire, los rayos rasgaban las nubes y espantaban con sus tetricos resplandores; enorme granizada dejó ateridos de frío á los indios, que creían estaban próximos á morir. Aterrado el jefe, con acento compungido ofreció á la Virgen del Quinche celebrar una fiesta en su honor y abstenerse de hacer todo mal al pueblo, si los libraba de la tormenta. En el acto vino la bonanza, y el sol brilló en un cielo purísimo despejado de nubes. Cumplió su promesa, y regresó á Quito sin haber causado daño á nadie.

En caso de viruelas y otras epidemias, sequías etc., se ha invocado en Quito á la Virgen del Quinche, y siempre con resultado favorable. En estos casos es la imagen trasladada desde su santuario á la ciudad: lo cual suele resultar un verdadero acontecimiento. Desde 1632 en que se la llevó por primera vez con motivo de la gravísima enfermedad del presidente de la Audiencia, D. Martín de Ariola, estimadísimo del país por sus insignes beneficios, más de cien veces ha recorrido las calles de Quito. He aquí cómo refiere el historiador, á quien seguimos fielmente en esta reseña, el modo con que se verifica la traslación.

«Á la primera nueva de su venida, multitud de devotos acudían en devota peregrinación á traerla de su santuario: juntábanseles las gentes de los pueblos del tránsito, que salían á recibirla con arcos y con sus músicas, acompañándola hasta la ciudad, marchando todo el camino, para que el número no turbase el orden, re-

partidos en coros, unos rezando el rosario, otros repitiendo las letanías, tan antiguas como la efigie y tan sencillas como la fe del pueblo que las compuso, mas siempre tan expresivas, como el amor que las inspiró. En los caminos, á donde parecía haberse trasladado la ciudad de Quito, veíanse grupos de gente que la aguardaban, todos con banderas colocadas en la punta de largas cañas. Media legua antes de la ciudad empezaban los arcos cubiertos de vistosas telas; y en el ejido que se halla en las afueras de Quito, la aguardaban el Cabildo con su venerable Prelado al frente, el clero, las comunidades religiosas, los gremios todos y las tropas, formando larga calle en dos alas divididos, con las músicas militares y más de dos mil alumbrantes. Allí se veían confundidos la criada con su ama, el plebeyo con el noble, el pobre menestral con el rico y opulento señor; porque cuando la fe y el amor son el lazo que une las voluntades, son imposibles esas distinciones. Entraba, pues, la Soberana Reina de los cielos y tierra á hombros siempre de las distinguidas matronas de la capital, quienes se disputaban la dicha de cargar las sagradas andas, queriendo cada cual, si fuese posible, llevar sola ese bendito peso. Las calles por donde debía pasar, estaban todas vistosamente colgadas y adornadas con banderas, hasta las más miserables tiendas; y en su marcha iba la Santísima Virgen por entre una lluvia de flores arrojadas de todos los balcones, donde la fragancia natural desaparecía nte el de suaves y exquisitas esencias con las que las perfumaban».

Como prueba de la protección de Nuestra Señora del Quinche en caso de públicas epidemias, citaremos la que recuerda uno de los cuadros del santuario. Habíanse vuelto á ensañar las viruelas y tanto estrago hacían en personas de todas las edades, que eran muchos los que diariamente morían, no sólo párvulos, pero

también adultos. Hallábase consternada la ciudad; no había familia que no tuviese que llorar alguna víctima de la cruel enfermedad; caían sobre todo los niños como espigas. Se acudió, pues, á la Virgen del Quinche; salieron á recibirla el Sr. Obispo, los Cabildos, las comunidades religiosas y pueblo innumerable; y ¡caso verdaderamente portentoso! desde el momento en que la Santísima Virgen se presentó por las puertas de la ciudad, no volvió á oirse ningún nuevo caso de contagio, ni que muriese ninguno de los que ya lo tenían. Este suceso llamó tanto la atención, que, prescindiendo de documentos que lo recuerdan muy circunstanciadamente, es el que más fresco ha conservado la tradición en la memoria del pueblo.

Uno de los azotes con que la divina Justicia ha querido castigar ó afligir al Ecuador ha sido el de los temblores; y también en ellos ha sido patente la protección de Nuestra Señora del Quinche. La historia ecuatoriana recuerda entre los más terribles el verificado el año 1698, que arruinó por completo los asentos de Ambato, Satacunya, parte de la villa de Riobamba, toda la provincia de Alausí, el asiento de Mocha y todas las dependencias de estos puntos, con muerte de más de dieciocho mil personas. Hallábase entonces la sagrada imagen en la Catedral; y á pesar de haberse sentido en Quito el estremecimiento de tierra tan fuerte como en los lugares arruinados, sin embargo por un prodigio y una especial protección de la Santísima Virgen, como se expresan las actas del Cabildo, la ciudad no tuvo que deplorar la pérdida de una sola vida, ni siquiera deterioro en sus edificios. Por esto la ciudad de Quito, por medio de su Cabildo civil, la juró y reconoció por Patrona.

VI

FAVORES SINGULARES

Como un manojito de flores espirituales vamos á recopilar aquí algunos de los beneficios dispensados por Nuestra Señora del Quinche á sus devotos, y que tomamos del libro del señor canónigo Sono.

Ruidoso fué lo que aconteció en 1660 con el cura del pueblo del Quinche, D. Juan Cepeda. Corríanse toros en la plaza del Quinche en celebración de la fiesta titular de la imagen, según la costumbre introducida desde principios de la conquista; costumbre dura y propia de caracteres fuertes, poco conforme con la civilización sensibilista moderna, y que la Iglesia desea suavemente desterrar por lo peligrosa que es, aun ejercitada bajo las reglas del arte, y por discordar con su espíritu de lenidad y mansedumbre.

Cruzaba, pues, dicho señor por un lado de la plaza, rezando en su breviario, sin advertir en el peligro que corría; pues, aunque la fiera se hallaba distante, mas, como los que echaban suertes estaban en su dirección, siguiendo aquélla la carrera que había emprendido para embestir á los que tenía delante, fué á dar contra él, quien lo echó de ver sólo cuando ya la tenía junto á sí, advertido por las voces y gritos de los espectadores, que lo amonestaban del riesgo sobrecogidos de terror. El buen señor, apenas tuvo más tiempo que para invocar á la Virgen del Quinche, á cuyo nombre cayó súbitamente de rodillas la bravía fiera, asombrando á cuantos contemplaban aquel singular espectáculo y llenando á todo el pueblo de gratitud para con la Soberana Virgen, la cual con modo tan portentoso acababa de salvar la vida de su párroco.

Una buena mujer, que había muchos años estaba tullida, ofreció á la Santísima Virgen que, si recobraba el uso de sus miembros paralizados, los días que le restaban de vida se los consagraria, ocupándose en barrer la iglesia. Hizose llevar delante de la imagen, y allí de rodillas confirmó su promesa; y la que no sin dificultad había logrado doblarse para ponerse en esa posición, que no podía conservar sin ayuda de dos indios que la sostuviesen, al enderezarse se encontró enteramente fortalecida, con los miembros expeditos y desembarazados, volviendo por sus pies á su casa, no habiendo podido en muchos años moverse sin la ayuda de dos muletas y el auxilio de alguna persona; recobrando por completo la salud, que la Santísima Virgen se la otorgaba en recompensa de la buena obra con que deseaba honrarla.

Habían concurrido al Quinche con el único objeto de visitar su santuario dos piadosos esposos con un niño de pocos años; y llevados de la curiosidad, habían ido á ver un curioso molino, que se halla á muy poca distancia de la iglesia, célebre por el material de que está construído, que es todo él de pedazos de terrones duros, llamados cangaguas, unidos con lodo, mas de tal suerte trabados, que pueden resistir á la acción del agua, impidiendo que ésta socabe el barro que los une. Muévelo el agua de la acequia llamada Patalarca, tan rápida que la ropa que logra arrebatarse de las que van á lavar en sus orillas, la despedaza pasándola por entre las cucharas del eje del molino. Con algún descuido del niño, que habían dejado suelto, se hallaban contemplando el impetu con que se precipitaba el agua al descender de la presa sobre las cucharas del eje, cuando acercándose imprudentemente la criatura, resbaló sobre la yerba húmeda de los lados y cayó en el canal, arrebatada con tal velocidad, que sus infelices padres apenas pudieron

verla caer, desapareciendo en el instante. Prorrumpieron en un agudo grito de dolor, y dieron inmediatamente la vuelta á la casa del molino, para ir á sacar del agua el despedazado cuerpecito de su desdichado hijo. Mas, ¡qué asombro y qué gozo tan inexplicable no debió apoderarse de ellos, cuando, contra toda esperanza y probabilidad, lo ven asustado, luchando con el agua que le impedía andar, y sin la más pequeña lesión en su cuerpo! Postráronse de rodillas tributando los más humildes y fervientes agradecimientos á la Virgen Santísima del Quinche, á cuyo favor atribuyeron aquel portentoso; y para probar que era imposible que eso hubiera podido verificarse de una manera natural, soltaron un gallo en el mismo punto donde cayó su hijo, el cual fué despedazado y muerto inmediatamente que el agua lo estrelló contra las cucharas del molino. Hicieron pintar un cuadro, que, como exvoto lo colgaron en el templo, en memoria de esta gracia.

En el año 1806, hallándose azotada la ciudad de Quito de una espantosa peste, se dió orden de que se trajese la imagen de la Virgen del Quinche; y habiendo concurrido según costumbre mucha gente para conducirla, vino entre estos un individuo, llamado Juan Villavázquez, acompañado de una mala mujer con quien vivía en ilícitas relaciones. Ésta, el mismo día que llegó, seducida por otro, abandonó al primero y desapareció del pueblo. Luego que esto supo Villavázquez, poseído de la pasión de los celos y arrebatado de un ciego y frenético furor, con diabólico despecho, tomó una cuerda, y sin más raciocinios se dirigió al cementerio, donde había un robusto y añoso árbol de nogal. Subido encima, ató un cabo á la rama principal, casi tan gruesa como el mismo tronco, y formando un lazo corredizo con el otro, se lo echó á la garganta, y se precipitó del árbol. Luchaba ya el desdichado con las ansias de

la muerte; el peso del cuerpo hacía que, corriéndose cada vez más el lazo de la cuerda, fuese ésta estrechándole la garganta por instantes. Hinchado el pecho, faltos de aire los pulmones, é interrumpida súbitamente la circulación de la sangre, dentro de breves momentos su cuerpo iba á ser presa de la muerte y su alma tal vez de tormentos eternos. Pero la Santísima Virgen no quería que lo que iba á ser principio de bendiciones para muchos fuese condenación para una alma; y así abrió al pobre pecador los ojos del entendimiento, quien, considerándose ya presa del infierno, clamó á ella en su corazón, pidiéndole tuviese misericordia de él. La piadosísima Virgen, que era quien lo había movido á penitencia, no tardó en acudir á las súplicas, y en ese mismo instante con gran ruido se desgaja la rama, que un peso muchas veces mayor no hubiera podido quebrar, ni mucho menos arrancarla al poder de un delgado lazo, siendo más natural que cediese éste al peso que no la rama. Luego que se hubo éste recobrado algún tanto, con lágrimas de arrepentimiento confesó su criminal intento con lo que lo había motivado, asegurando que al invocar á la Santísima Virgen la vió visiblemente en los aires, siendo ella quien lo había salvado. Los que penetraron en el cementerio vieron además otra persona que estaba junto á Villavázquez, la cual súbitamente desapareció así que la gente entró, deduciendo éstos que no podía ser otra la tal persona que el demonio, que aguardaba su presa.

Ésta es la causa porque se ha extendido tanto el culto de la Virgen del Quinche en la República ecuatoriana. Día á día están postrados á sus plantas devotos peregrinos, y no son menos de tres mil los que la visitan cada año, número crecido si se atiende á la población del país. Sobre todo el 21 de Noviembre, fecha en que se celebra la fiesta principal, porque ya hemos dicho

que la Presentación de la Virgen es el título de la imagen, el concurso de gente es extraordinario, y no bajan de diez á doce mil almas que apenas caben en las doscientas setenta casas del centro del pueblo.

La fama de Nuestra Señora del Quinche se extendió á Colombia, Venezuela, el Perú, y salvando los mares, llegó á Europa. Desde Cádiz le envió un devoto gran cantidad de bronce para la fundición de las campanas, y otro un precioso relicario de oro macizo, de un decímetro de largo con ocho centímetros de ancho, guardado dentro de una caja de plata, más preciosa quizás por los delicados camafeos que adornan una de sus tapas que por el valor de los metales.

Creemos que el mejor resumen de las clemencias de la Virgen del Quinche, se encuentra en la siguiente letrilla que se canta en la novena:

LETRILLA

Pues eres nuestra delicia,
 Pues eres nuestra esperanza,
 Y en tí puso su confianza
 El afligido Ecuador,
 Fiel paloma peregrina,
 De la aldea moradora,
Oye al pueblo que te adora
Con santo y fervido amor.

Allá modesto descuella
 Tu venerado santuario,
 Donde acude el solitario
 Á mitigar su dolor;
 Porque eres madre, y consuelas
 Al que padece, al que llora;
Oye etc.

Te place la fe sencilla,
Y buscas los corazones,
Donde derrames tus dones
Cual rocío en el verdor;
No allí en vano el peregrino
Humilde tu gracia implora:
Oye etc.

Allá en el campo escondida
Entre nardos y entre lirios,
Donde arden perpetuos cirios
Y hay mil himnos de loor,
Tus favores á millares
Prodigas encantadora:
Oye etc.

Eres reina de esos campos,
La rosa de esos jardines,
Do invisibles serafines
Vagan en tu derredor;
Es más dulce tu sonrisa
Cuando eres más bienhechora:
Oye etc.

Allí te cantan las aves,
Allí te cantan los vientos,
Y llena el prado de acentos
El eco murmurador;
Y en tu soledad la queja
Resuena más gemidora:
Oye etc.

Compasiva nos atiendes
Al gemir de amargas penas;
Tú los ánimos serenas,

Huye al averno el furor,
Y despedaza la muerte
La cuchilla destructora:
Oye etc.

Mas, como Madre clemente
Dejando tus soledades,
Te vienes á las ciudades,
Cuando te llama el dolor;
Aquí á tus plantas el pueblo
En sus desgracias te implora:
Oye etc.

Cuando brama estremecido
El suelo, y lívido espanto
Seca en los ojos el llanto
En triste y largo estupor,
Tú mandas, Madre, y se aquieta
La montaña tembladora:
Oye etc.

Por tí finan nuestros males,
La noche se torna en día,
Pues eres toda alegría,
Pues eres todo esplendor,
En la ciudad, en la aldea,
Y donde quier protectora:
Oye etc.

Á tí clamamos llorosos,
Pues eres nuestro consuelo,
Cuando la lluvia del cielo
Niega al campo su frescor,
Y el bosque seco sus sombras
No da en siesta abrasadora:
Oye etc.

Cuando impía la discordia
Purpura en sangre la tierra,
Y se oyen gritos de guerra,
Voces de duelo y pavor,
Á ti el corazón volvemos
En congoja matadora:
Oye etc.

¡Ay! Paloma campesina,
¡Ay! Virgen Madre del Quinche,
Si fuego el alma nos hinche,
Nunca se apague su ardor,
Y viva siempre en tu pueblo
Esta llama abrasadora:
Oye etc.

Autoridades.—El Sr. D. Manuel de Odriozola en sus *Documentos literarios del Perú* publicados en Lima en 1873 consignó algunos datos referentes á Nuestra Señora del Quinche. Lo mismo hizo el Ilmo. Sr. D. Federico González Suárez, Obispo de Ibarra, en su *Historia Eclesiástica del Ecuador*. Pero el libro más interesante, ameno y acreditado, es el titulado *Nuestra Señora del Quinche* por D. Carlos Sono, cura canónigo, á quien hemos seguido fielmente en nuestra reseña. Tenemos á la vista la segunda edición impresa en Quito en la Tipografía *La Rápida* año 1903.